



e-I@tina. Revista electrónica de estudios
latinoamericanos
ISSN: 1666-9606
revista.elatina@gmail.com
Universidad de Buenos Aires
Argentina

Las resistencias a las “relaciones carnales” con Estados Unidos (1990-2015)

Morgenfeld, Leandro

Las resistencias a las “relaciones carnales” con Estados Unidos (1990-2015)

e-I@tina. Revista electrónica de estudios latinoamericanos, vol. 18, núm. 71, 2020

Universidad de Buenos Aires, Argentina

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=496462565002>



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional.

Las resistencias a las “relaciones carnales” con Estados Unidos (1990-2015)

Leandro Morgenfeld leandromorgenfeld@hotmail.com
UBA, Argentina

Resumen: Las resistencias a las “relaciones carnales” con Estados Unidos (1990-2015)

Desde que asumió, en 1989, Menem planteó un giro en el vínculo con Estados Unidos, priorizando las “relaciones carnales”, denominación que se popularizó a partir de una frase del canciller Guido Di Tella. Si bien logró un cierto consenso en esa política exterior más alineada con Washington, la misma tuvo sus detractores internos. En este artículo se analizan las resistencias a esa orientación en tres momentos claves: las expresiones de rechazo a las visitas de Bush (1990) y Clinton (1997) y las movilizaciones contra la invasión a Irak (2003) y las acciones contra Bush Jr. y el ALCA (2005). En ese período de 15 años, en el que se produjo el inicio, auge y declive de ese estrecho alineamiento con la principal potencia, fueron importantes las expresiones de resistencia, que en general se soslayan o minimizan en los estudios de la historia de la política exterior argentina.

Palabras clave: política exterior, Estados Unidos, relaciones carnales, resistencias.

Abstract: The resistance to ‘carnal relations’ with the United States (1990-2015)

Since he took office in 1989, Carlos Saúl Menem proposed a new orientation in the link with the United States, prioritizing the “carnal relations”, a name that was popularized by a phrase of Foreign Minister Guido Di Tella. Although that foreign policy, more aligned with Washington, achieved a certain consensus, it had its internal detractors. In this article the resistance to this orientation is analyzed in three key moments: the expressions of rejection of the visits of Bush (1990) and Clinton (1997) and the protests against the invasion of Iraq (2003) and the actions against Bush Jr. and the FTAA (2005). In this period of 15 years, in which there was the beginning, rise and decline of this close link with the main foreign power, the expressions of resistance were important, despite being generally ignored or minimized in the studies of the history of Argentine foreign policy.

Keywords: foreign policy, United States, carnal relations, resistances.

Las resistencias a las “relaciones carnales” con Estados Unidos (1990-2015)

Introducción

Tras la caída del Muro de Berlín, la disolución de la Unión Soviética y el fin de la guerra fría se estableció el Consenso de Washington, una serie de políticas económicas impuestas por Estados Unidos, sus socios del G7 y los organismos financieros internacionales a los países en desarrollo, y en especial a los que necesitaban hacer frente a sus elevadas deudas externas. Se les exigía una amplia reforma de los Estados, privatizaciones de las empresas públicas, mayores facilidades a las inversiones extranjeras, aumento de impuestos y ajuste en los gastos, para lograr superávit fiscal y pagar la deuda externa. Fue una de las manifestaciones de la ofensiva del

e-l@tina. Revista electrónica de estudios latinoamericanos, vol. 18, núm. 71, 2020

Universidad de Buenos Aires, Argentina

Recepción: 12 Marzo 2019

Aprobación: 16 Septiembre 2019

Redalyc: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=496462565002>

capital sobre el trabajo que signó a la etapa neoliberal. Los apologistas del imperio juzgaron que se había arribado al fin de la historia (Fukuyama, 2015), que el capitalismo se había impuesto para siempre y que se había constituido un nuevo mundo unipolar, con Washington y Wall Street como poderes incontestables.

Desde que arribó Eisenhower en 1960, transcurrieron 30 años hasta que otro presidente de Estados Unidos visitara nuevamente la Argentina. La llegada de George H. W. Bush (1989-1993) ocurrió en un momento bisagra del siglo XX y dio lugar a la escenificación de un inesperado giro en las relaciones bilaterales, que transcurrieron a partir de ese entonces por inéditos carriles de alineamiento.

La visita fue uno de los momentos clave, además, del vínculo personal que Menem y Bush iniciaron meses antes en Estados Unidos y consolidaron durante este viaje a Buenos Aires. El ex gobernador riojano promovió la modalidad de personalizar las relaciones políticas con la Casa Blanca. En su primer encuentro con Bush, el 25 de setiembre de 1989, en la cena de gala de la Asamblea General de las Naciones Unidas, en Nueva York,

Menem tenía un lugar asignado en una mesa de colegas latinoamericanos, pero esperó el momento justo: cuando Bush estaba a punto de sentarse se le plantó en la silla de al lado fingiendo no ver las señas indignadas del personal de ceremonial. Fue cuando le dijo ‘somos del mismo palo’, una frase que lo marcó para siempre. Bush le dio la primera prueba de amor a Menem cuando en 1990 hizo su visita oficial a pesar del alzamiento carapintada.[1]

Menem recibió a Bush el 5 de diciembre de 1990, en una semana particularmente tensa. La visita estuvo a punto de cancelarse ya que dos días antes se había producido un levantamiento militar liderado por Mohamed Alí Seineldín. El mandatario estadounidense llegó al país a afianzar el vínculo con su nuevo aliado, quien instrumentaba un fuerte ajuste y se aprestaba a ser el alumno modelo en aplicar el Consenso de Washington y las recetas del Fondo Monetario Internacional (FMI). Además, venía a agradecer el apoyo del gobierno de Menem a las acciones contra Irak, justo pocas semanas antes de que se instrumentara la operación “Tormenta del Desierto” (enero de 1991), en la cual la Argentina participó enviando dos buques de guerra. Adicionalmente, significó un respaldo frente al levantamiento carapintada, que se inscribía en la llamada doctrina Reagan, quien planteó que, para confrontar con la Unión Soviética, Estados Unidos debía promover las democracias liberales en América Latina, luego de años de haber avalado distintos regímenes dictatoriales.

Esa visita, entonces, fue fundamental para iniciar lo que luego se dieron en llamar relaciones carnales con Estados Unidos, inéditas en la historia argentina. El vínculo personal entre Menem y Bush iniciado en Nueva York, se solidificó en Buenos Aires en esta oportunidad y se afianzaría poco después, cuando Menem, en noviembre de 1991, se transformó en el primer presidente peronista en realizar una visita de Estado al país del norte. Las imágenes de ambos mandatarios jugando al tenis en Olivos, en ese caluroso verano porteño, se transformarían en el símbolo más

inequívoco de la flamante luna de miel entre la Casa Rosada y la Casa Blanca.

La siguiente visita, la de Clinton, se produjo en 1997, en pleno auge de las relaciones carnales. El mandatario estadounidense aprovechó la oportunidad para anunciar que había notificado al Congreso de su país la iniciativa de designar a la Argentina como aliado extra-OTAN. Como premio por su alineamiento, el otrora díscolo vecino del sur pasaría a ser parte del selecto grupo que integraban Australia, Egipto, Israel, Japón, Jordania, Corea del Sur y Nueva Zelanda. Argentina, para sobreactuar su subordinación a Estados Unidos, ya había abandonado el Movimiento de Países No Alineados, desmantelado el proyecto del misil Cóndor y enviado tropas al Golfo Pérsico en 1991, y era exhibida, además, como el alumno ejemplar del FMI y como el país a imitar por los demás emergentes. Buena parte de las conversaciones entre Menem y Clinton giraron en torno a la concreción del proyecto del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), que Estados Unidos estaba impulsando formalmente desde la Cumbre de las Américas de Miami (1994), y sobre el que se avanzaría en el siguiente cónclave de mandatarios americanos, previsto para pocos meses después en Santiago de Chile. Clinton, entonces, no solo vino a sacarse fotos y a desplegar su carisma, sino a intentar doblegar a un país que, un siglo antes, durante la Primera Conferencia Panamericana (1889-1890), había frustrado las expectativas estadounidenses de erigir una unión aduanera a nivel continental (Morgenfeld, 2011: cap. 3).

La siguiente visita, la de Clinton, se produjo en 1997, en pleno auge de las relaciones carnales. El mandatario estadounidense aprovechó la oportunidad para anunciar que había notificado al Congreso de su país la iniciativa de designar a la Argentina como aliado extra-OTAN. Como premio por su alineamiento, el otrora díscolo vecino del sur pasaría a ser parte del selecto grupo que integraban Australia, Egipto, Israel, Japón, Jordania, Corea del Sur y Nueva Zelanda. Argentina, para sobreactuar su subordinación a Estados Unidos, ya había abandonado el Movimiento de Países No Alineados, desmantelado el proyecto del misil Cóndor y enviado tropas al Golfo Pérsico en 1991, y era exhibida, además, como el alumno ejemplar del FMI y como el país a imitar por los demás emergentes. Buena parte de las conversaciones entre Menem y Clinton giraron en torno a la concreción del proyecto del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), que Estados Unidos estaba impulsando formalmente desde la Cumbre de las Américas de Miami (1994), y sobre el que se avanzaría en el siguiente cónclave de mandatarios americanos, previsto para pocos meses después en Santiago de Chile. Clinton, entonces, no solo vino a sacarse fotos y a desplegar su carisma, sino a intentar doblegar a un país que, un siglo antes, durante la Primera Conferencia Panamericana (1889-1890), había frustrado las expectativas estadounidenses de erigir una unión aduanera a nivel continental (Morgenfeld, 2011: cap. 3).

Al igual que sucedió con Bush en 1990, Clinton recibió múltiples agasajos. Fue homenajeado con un gran banquete en el predio de la

Sociedad Rural Argentina, en cuyas inmediaciones hubo, sin embargo, una nutrida movilización de organizaciones sociales y políticas que se manifestaron, frente a la cercana embajada estadounidense, para rechazar su presencia al grito de “Clinton go home”. Por una ironía del calendario, el mandatario estadounidense estuvo en el país el 17 de octubre, el día de la lealtad peronista. Para evitar que le recordaran aquella consigna de 50 años atrás, “Braden o Perón”, partió ese día hacia Bariloche donde, tras una cena con Menem en esa emblemática fecha y la posterior firma de una declaración conjunta, concluiría su estadía en la Argentina. Pero, tal como ocurrió con Bush, en esta visita se manifestaron los sectores que se oponían al alineamiento con Washington.

Al inicio del siglo XXI, tras la crisis de diciembre de 2001, el ánimo social fue cambiando. En febrero y marzo de 2003 hubo masivas expresiones contra el inminente ataque de Estados Unidos contra Irak. Ese rechazo a la política del gobierno de Estados Unidos se profundizaría dos años más tarde. La visita de Bush Jr. a Mar del Plata, en noviembre de 2005, es quizás la más recordada por los argentinos. En el marco de la IV Cumbre de las Américas, la marcha y los actos de repudio superaron todas las expectativas. En esa oportunidad debía haberse celebrado la aprobación del ALCA, que según lo acordado anteriormente tendría que haber entrado en vigencia el 1 de enero de 2005. Sin embargo, Mar del Plata se transformó en la tumba de ese proyecto impulsado por Estados Unidos para consolidar su hegemonía económica. En todo el continente venía resistiéndose contra el ALCA, a través del Foro Social Mundial (en enero de ese año cerró con una movilización de más de 100.000 personas en Porto Alegre, para oponerse a ese tratado de libre comercio), de la Autoconvocatoria No al ALCA, y de iniciativas de distintas coordinadoras sindicales de trabajadores y campesinos. En Mar del Plata, en forma paralela al evento oficial, se desarrolló una nutrida Cumbre de los Pueblos, un acto en el estadio mundialista José María Minella, y una movilización callejera que convocó a decenas de miles de personas en las inmediaciones de la sede donde se reunían los mandatarios. Esta masiva demostración popular, que expresaba el cambio en la correlación de fuerzas políticas y sociales en el continente, permitió a los presidentes Lula, Kirchner y Chávez derrotar un proyecto que pocos años antes parecía inevitable y potenció la emergencia de nuevas instituciones regionales, como la UNASUR, la CELAC y el ALBA-TCP.

Bush quedó furioso por la derrota política que le habían propinado en la Argentina y no disimuló su enfado. La relación entre ambos países quedó resentida y, salvo excepciones, se caracterizó desde entonces y por una década por un cierto distanciamiento. En este artículo, entonces, analizamos las resistencias internas a las llamadas “relaciones carnales” en tres momentos: el del inicio, auge y declinación del alineamiento de Buenos Aires con Washington.

Este artículo presenta los resultados de una investigación de más largo aliento, en la cual nos proponemos profundizar el conocimiento de la política exterior y la inserción económica internacional de la Argentina, focalizándonos en el análisis de distintos actores y sectores internos –

en particular movimientos populares– que influyeron en el proceso de formulación de la política exterior. Se pone el énfasis en las variables internas y su peso relativo en momentos clave o considerados como bisagra.[2] En estos dos proyectos citados, y junto a un equipo más amplio de investigación, nos proponemos demostrar la relevancia de este tipo de factores internos –generalmente minusvalorados en los análisis diplomáticos y de los conflictos intraburocráticos– a la hora de explicar el devenir complejo e incluso contradictorio de las relaciones exteriores de la Argentina.

Planteamos 4 hipótesis:

1. Los condicionantes internos de orden político, económico y social constituyen, en determinadas coyunturas históricas, una variable central para explicar la política exterior.

2. Al analizar la construcción de los patrones de inserción internacional (concepto más amplio que el de política exterior) cobran relevancia actores no gubernamentales, que en determinados contextos operan como fuentes de poder predominante incluso respecto de las instituciones políticas.

3. Las movilizaciones sociales y populares tienen –según el caso– una importancia como factor explicativo para analizar las conductas adoptadas por los gobiernos frente a las decisiones de política exterior. Si entendemos a esta última como política pública, debemos comprender entonces que, en algunos casos, sean respuesta a una cuestión socialmente problematizada que moviliza a amplios sectores sociales. Ejemplos de ello pueden ser los casos de la visita de Rockefeller en 1969, la significativa presencia de mandatarios latinoamericanos en la asunción de Cámpora, la visita de la CIDH en 1979 o la del Papa Juan Pablo II, en oportunidad del conflicto por el canal del Beagle, las visitas presidenciales en los años noventa o la Cuarta Cumbre de las Américas (Mar del Plata, noviembre de 2015), estos últimos abordados en el presente artículo.

4. La división tajante entre factor interno y externo debe ser matizada, especialmente en el caso de los países periféricos y dependientes como la Argentina, donde la vinculación entre uno y otro provoca un particular entrelazamiento que es necesario estudiar y demostrar.

Respecto de la metodología, ante la lectura de diversos estudios sobre el tema, el aporte particular de esta investigación es también la aplicación de un enfoque teórico-metodológico para el análisis del comportamiento de sectores internos respecto de la política exterior en el período, especialmente aquellos que, utilizando resortes del poder político y mediático, promovieron determinadas políticas públicas. Partimos de la vinculación entre el sistema político local y las élites políticas, la política económica doméstica, y el sistema internacional y de la necesidad de utilizar un enfoque histórico y global para el estudio de las relaciones internacionales. Por lo tanto, consideramos como antecedentes trabajos provenientes de diversas disciplinas: de las relaciones internacionales, de la ciencia política, de la historia y de la economía.[3]

Si bien son varios los autores que han llamado la atención sobre la importancia de los factores internos en la adopción de determinada política exterior, son pocos

los estudios específicos que desarrollan en profundidad dichos condicionantes. Escasean aún más los trabajos que, desde una perspectiva histórica, puedan interpretar el entramado entre dichos condicionantes y el escenario internacional. En general, cuando se abordan las variables internas, éstas quedan reducidas al accionar del poder ejecutivo y de la cancillería –actores centrales sin lugar a dudas– sin dar lugar a otras fuerzas sociales y políticas que también se expresan y tienen su injerencia. El estudio histórico de la vinculación entre la dinámica y el conflicto interno, por un lado, y las relaciones internacionales y la injerencia de las grandes potencias predominantes en el sistema internacional, por otro, sigue siendo un relativo vacío en las producciones académicas locales. Por lo tanto, para profundizar y discutir los enfoques teóricos, es necesario volver a revisar nuestra historia reciente desde una perspectiva global y multidisciplinaria (Míguez y Morgenfeld, 2017).

Para este trabajo, requerimos la utilización intensiva de documentación de las cancillerías y de las embajadas, ya que en ella se pone de manifiesto qué percepción tenían los actores de los acontecimientos y cómo se relacionaban éstos con la política exterior. Esta investigación se basó también en la utilización de fuentes primarias, que incluyen archivos diplomáticos argentinos, material periodístico y archivos diplomáticos estadounidenses. También incluimos en el análisis los Diarios de Sesiones parlamentarios, que reflejan los álgidos debates por la política exterior argentina y estadounidense. Por último, realizamos en 2018 una serie de entrevistas a diplomáticos y analistas, para incluir sus visiones e interpretaciones de lo analizado: los ex cancilleres Jorge Taiana y Rafael Bielsa, el ex vice canciller Andrés Cisneros, los ex embajadores Alicia Castro, Cecilia Nahón y Jorge Argüello, el ex asesor de la Casa Blanca y hoy director del “Argentina Project” del Wilson Center Benjamin Gedan, el diputado nacional Guillermo Carmona y los analistas internacionales Juan Gabriel Tokatlian y Pedro Brieger, entre otros.[4] Este material aporta elementos novedosos para profundizar el debate en relación con el grado de autonomía que el diseño de las políticas exteriores tiene respecto a las fuerzas económico-sociales.

El objetivo de este artículo, entonces, es reconstruir cómo los factores internos –especialmente las movilizaciones populares– incidieron en el cambio profundo que se produjo con el cambio de siglo en la política exterior argentina, en particular en el vínculo con Estados Unidos, pasando del alineamiento que se manifestó en ocasión de las visitas de Bush y Clinton, al rechazo al ALCA concretado en Mar del Plata en 2005.

Los inicios de las relaciones carnales y las resistencias durante la visita de Bush

En los días previos a la llegada de Bush se manifestaron distintos sectores de la oposición parlamentaria. El diputado de Izquierda Unida Luis Zamora presentó un proyecto de declaración solicitando a la Cámara de Diputados que expresara su rechazo a la visita del presidente estadounidense “por constituir un salto adelante en la colonización de América Latina y en el intento de promover un sólido frente de apoyo a la agresión contra el pueblo iraquí”. [5] También los diputados peronistas

del disidente Grupo de los Ocho expresaron su oposición a que Bush fuera recibido por la Asamblea Legislativa. En ese mismo sentido se expresaron los diputados Jacinto Gaibur, peronista, Simón Lázara, del socialismo unificado, y Rafael Pascual, radical. Estos legisladores rechazaban la Iniciativa para las Américas, indicando que no la consideraban una propuesta seria. El Partido Humanista, por su parte, declaró que "la visita de Bush es oprobiosa, porque se hace cuando la desocupación, la miseria, la desnutrición y la mortalidad infantil son lo único que crece en la Argentina", y calificó al presidente estadounidense como "el principal respaldo del gobierno nacional y su política económica".[6] El día anterior a la llegada de Bush, Guillermo Estévez Boero, diputado nacional por el Partido Socialista Popular de Santa Fe, entregó una carta personal en la Embajada de Estados Unidos dirigida a Bush, en la que le transmitía que:

No estamos contra el pueblo de los Estados Unidos de América ni contra el gobierno que elige dicho pueblo. Estamos sí decididamente en contra de políticas opuestas a los intereses de nuestros pueblos, a los intereses de nuestra Nación y a los intereses de nuestros hermanos de América Latina.[7]

Menem salió al cruce de estas críticas:

Es bueno que los argentinos entendamos que los ideologismos y todo aquello que lleva a la confrontación [...] en estos momentos no sirve ni para la Argentina ni para ninguna parte de la tierra, por eso me dan pena algunos ideologismos, tratando de hacer una demostración en contra del presidente de los Estados Unidos [...] en realidad, tendría que salir todo el pueblo a la calle para saludar a este hombre que representa a un gran país de la Tierra.[8]

Paradójicamente, el levantamiento carapintada terminó morigerando la gran movilización de repudio a Bush que venía organizando la oposición:

La intentona militar y sus posibles consecuencias para el futuro democrático argentino motivó la cancelación de una manifestación de rechazo a la visita presidencial norteamericana, convocada por varias agrupaciones políticas, entre ellas el sector peronista opuesto a Menem, los radicales y el socialismo unificado. Sólo varios grupos de la izquierda radical decidieron mantener una marcha de protesta contra la presencia de Bush.[9]

El influyente periodista Mariano Grondona coincidió con este análisis:

Los carapintada le hicieron, sin saberlo, un favor a Bush. Después del intento de golpe, el presidente norteamericano ya no viene a la Argentina como el representante de una potencia imperialista, sino como el jefe del Estado de un país democrático, que, en momentos difíciles, se ha solidarizado con la Argentina.[10]

Bush fue recibido en el Congreso Nacional, donde permaneció por unos 40 minutos ante los diputados y senadores, reunidos en Asamblea Legislativa, bajo extremas medidas de seguridad -300 agentes del Servicio Secreto y de la Policía Federal fueron desplegados en el edificio-. [11] Fue recibido por el vicepresidente Eduardo Duhalde, el presidente de la Cámara de Diputados, Alberto Pierri, y legisladores de distintos partidos, aplaudido por la bancada oficialista y recibido fríamente por los opositores, quienes lo escucharon de brazos cruzados. Allí se produjo el recordado episodio, protagonizado por el diputado Zamora, quien

denunció a Bush a viva voz cuando se presentó y fue empujado por el diputado de la UCEDÉ Alberto Albamonte para acallarlo.[12] Mientras Duhalde presentaba al presidente estadounidense, recordaba los abusos a los derechos humanos durante la última dictadura y se refería a la insurrección carapintada de esa semana como la de un “minúsculo grupo de fanáticos” que no desviarían a la Argentina de su curso democrático; el diputado del MAS pidió a los gritos la palabra, que le fue denegada. Más tarde, Bush dijo que ese era “el precio que debíamos pagar por la democracia”, tolerar esa “vieja forma de pensar”, el “marxismo declinante del pasado”. [13]

Además de ese incidente, hubo otras expresiones de rechazo a la visita de Bush, incluyendo una marcha a Plaza de Mayo la noche del miércoles. Las protestas fueron cubiertas por la prensa estadounidense:

Tres bombas estallaron hoy en bancos de Estados Unidos e Inglaterra y cuatro más fueron desmanteladas. Grupos de izquierda reivindicaron la responsabilidad de dos de estas bombas, declarando que eran para protestar por la presencia del presidente estadounidense. Ese día, más tarde, varios miles de personas marcharon contra la visita de Bush, la primera desde la de Eisenhower en 1960.[14]

Las bombas que estallaron en la mañana del miércoles causaron apenas daños menores y no hubo heridos. Horas más tarde se produjo la marcha convocada por la izquierda.[15]

Varios miles de izquierdistas se reunieron en una de las principales intersecciones de Buenos Aires y marcharon hacia la plaza detrás de la Casa Rosada, el miércoles por la noche, para protestar por la visita de Bush, por la presencia de Estados Unidos en el Golfo y por la decisión de Menem de enviar dos buques de guerra al Golfo para apoyar las sanciones de las Naciones Unidas y por su política de privatizaciones. Patricio Echegaray, Secretario General del Partido Comunista, declaró que las protestas eran para “repudiar la presencia de Bush y su política de imponer un plan económico anti popular en América Latina y en la Argentina”. Grupos disidentes dentro del partido justicialista también cambiaron los nombres de algunas calles, como la Avenida Estados Unidos, que fue rebautizada América Latina.[16]

En síntesis, la visita de Bush fue una ocasión excepcional para profundizar esa política exterior alineada con Washington. Y, en el plano interno, para intentar acallar las críticas, y a la vez reforzar la inevitabilidad del rumbo económico. Poco después de la misma, el canciller Domingo Cavallo pasaría a ser el Ministro de Economía y el “padre” de la Convertibilidad.

También consolidó el vínculo personal entre ambos mandatarios. Se volvieron a ver repetidas veces en Estados Unidos – la visita de Bush tuvo su correlato, un año más tarde, con el viaje de Menem a Washington, entre el 13 y el 19 de noviembre de 1991-, y también en la Argentina.

Distinta sería la suerte de su hijo, también presidente de Estados Unidos, quien justamente en Mar del Plata, en 2005, tuvo una recepción mucho menos acogedora que la que Menem le había dispensado a su padre en la década de 1990.

La consolidación del alineamiento durante la visita de Clinton y las resistencias

Cuando se concretó la visita de Clinton, en octubre de 1997, Menem parecía estar en su apogeo, pero enfrentaría, pocos días después, a una flamante coalición política, la Alianza entre la UCR y el FREPASO, que le propinaría su primera derrota electoral a nivel nacional -47 a 36%-, a la vez que obstaculizaría el camino hacia su ansiada re-reelección. El presidente Clinton, quien había sido electo unos meses antes para un segundo mandato, aprovechó su primera gira por la región para promocionar el proyecto del ALCA y confirmar que había notificado al Congreso de su país la iniciativa de designar a la Argentina como “aliado extra-OTAN”. Argentina, a pesar de tener un gobierno justicialista, pasaría a ser parte, entonces, del selecto club que integraban Australia, Egipto, Israel, Japón, Jordania, Corea del Sur y Nueva Zelanda.

Si cuando vino Bush en 1990 Argentina atravesaba todavía una de las crisis económicas más graves de su historia, en esta oportunidad el país era exhibido como el ejemplo a imitar por los demás emergentes. Buena parte de las conversaciones entre Menem y Clinton giraron en torno a la concreción del proyecto del ALCA, que Estados Unidos estaba discutiendo formalmente desde la Cumbre de las Américas de Miami (1994), y sobre el que se avanzaría en la siguiente reunión de mandatarios americanos, prevista para pocos meses después, en Santiago de Chile (1998).

Durante los siete años que habían transcurrido desde la visita de Bush, se había profundizado el vínculo bilateral:

Las exportaciones de productos estadounidenses a la Argentina pasaron de 1.100 millones en 1990 a más de 5.000 millones en 1997. La inversión directa estadounidense creció de 2.000 millones en 1991 a 12.000 millones en 1997. Con el establecimiento del primer programa de anulación del visado en toda América Latina, los argentinos empezaron a viajar multitudinariamente a los Estados Unidos, superando el número de viajeros a Europa por primera vez en la historia (Rocha, 1999: 99).

A los ojos del establishment estadounidense, el gobierno argentino había pasado de promesa a realidad en cuanto a su alineamiento con la Casa Blanca y a la aplicación de la política económica impulsada por el Consenso de Washington. La visita marcaba la continuidad en el vínculo, ahora con una Administración demócrata, y pretendía escenificar una profundización de la orientación que Menem, Cavallo y Di Tella le venían imprimiendo a la relación bilateral desde 1989. A pesar del clima de mayor consenso en la dirigencia política en torno al vínculo con Estados Unidos –más allá de la movilización de la izquierda, que se manifestó durante la cena de gala en la Rural-, Clinton evitó la tradicional visita al Congreso, aunque sí mantuvo una reunión con los cinco referentes de la Alianza opositora, apenas días antes de su exitoso debut electoral.

Si bien entre los dirigentes de los principales partidos políticos había un cierto consenso en torno a la política de entendimiento con el gobierno de Estados Unidos, sí hubo una nutrida movilización de organizaciones sociales y políticas que se manifestaron para rechazar la presencia del

mandatario estadounidense. Lo hicieron frente a la Embajada, a pocos metros del predio de la Sociedad Rural Argentina, lo cual concitó la atención de la prensa local e internacional.[17]

Convocada por partidos y agrupaciones de izquierda -entre las que se encontraban el Partido Obrero, Patria Libre, el Movimiento Socialista de los Trabajadores, Izquierda Unida, Quebracho, el Partido Comunista Revolucionario, y la Corriente Clasista y Combativa-, la columna de más de cuatro cuadas partió desde Pueyrredón y Santa Fe pasadas las 7 de la tarde, en dirección hacia la Rural, en donde el presidente Menem homenajeaba a Clinton. Al frente de la marcha, dirigentes de las agrupaciones convocantes llevaban una bandera que decía “Fuera Clinton y el FMI”.

La movilización no pudo llegar a destino y terminó chocando con el vallado policial ubicado a la altura de la calle Malabia, lo cual produjo corridas y derivó en el descontrol de la situación. Los dirigentes se aproximaron al lugar en el que la Policía Federal había bloqueado el paso e intentaron dialogar con los agentes. Zamora, candidato a diputado por la provincia de Buenos Aires por Izquierda Unida, quien había increpado a Bush en el Congreso siete años antes, fue el portavoz de un diálogo que no llegó a nada. Una treintena de manifestantes de Quebracho produjo roturas de vidrios en bancos extranjeros y lanzaron bombas incendiarias. La policía, que reportó 19 agentes heridos, detuvo a 206 manifestantes.[18]

Las protestas, en esta oportunidad y a diferencia de 1990, parecían limitarse a las fuerzas de izquierda. Aunque incipientes, anticiparon lo que ocurriría unos años después, cuando, tras el estallido de 2001 y el cambio de contexto político en América Latina, se incrementaron exponencialmente durante la visita de Bush Jr. a Mar del Plata.

Si en otro momento de la historia un mandatario peronista o radical hubiera tenido que pagar un alto costo electoral por mostrar una gran cercanía con un mandatario estadounidense –recuérdese la consigna Braden o Perón de febrero de 1946-, en los noventa el clima de época parecía ser diametralmente opuesto.

En 1946, y por muchos años, hacer campaña demonizando a los Estados Unidos traía sus réditos. Eso lo supieron tanto el peronismo como algunos de sus adversarios. Hoy, en cambio, la oposición modera su lenguaje para hablar de los Estados Unidos y tiene, en vísperas de la visita, un desvelo particular: que la presencia de Clinton no le sume votos al oficialismo. La realidad es que en estos momentos la opinión pública tiene una imagen muy favorable de los Estados Unidos, según una encuesta realizada por el Centro de Estudios Unión para la Nueva Mayoría, exclusiva para La Nación. El 45 por ciento manifiesta tener una imagen positiva de ese país, mientras que el 30 por ciento la tiene regular. Sólo el 18 por ciento expresa su rechazo y el siete por ciento restante responde que no sabe.[19]

La visita de Clinton ratificaba la orientación de la política exterior menemista y el apoyo al ajuste económico, en momentos en que el contexto externo no era tan favorable. La Casa Rosada intentó capitalizar políticamente este respaldo de Washington, aunque dos semanas después sufrió una resonante derrota electoral, obteniendo el PJ a nivel nacional

casi dos millones de votos menos que la Alianza. Esas elecciones marcarían el inicio del ocaso del menemismo.

Así lo entendía Jorge Argüello,

La visita de Clinton (1997) expresó la continuidad de la política de acercamiento entre Washington y Buenos Aires. Si bien no se firmaron acuerdos significativos hubo gestos contundentes de alineamiento por parte de Argentina. Consecuencia de ello será el anuncio de Clinton de proponer al Congreso de su país la incorporación de Argentina como aliado extra-Otan. "Nuestra 'alianza de valores' va más allá de nuestros esfuerzos por la paz y la seguridad, pero comienza ahí", afirmó Clinton en aquella oportunidad. En lo económico, Clinton (al igual que hiciera Bush siete años antes) destacó –pese al evidente debilitamiento de la economía argentina– que el rumbo seguido por el gobierno era el correcto y único posible. Eran los tiempos de la flexibilización laboral y la privatización del sistema previsional. Clinton destacó que la relación bilateral nunca había sido tan brillante, y acordó con Menem que la iniciativa del ALCA entraría en la agenda de la Cumbre de las Américas de 2005.[20]

El anuncio de la inclusión de la Argentina como aliado extra-OTAN respondió a razones de orden geopolítico y no debería sobreestimarse. Así lo hizo saber el propio secretario de Defensa, William Cohen, el 22 de mayo de 1998, semanas después de que anunciara formalmente esa designación: esto "fue una recompensa..., un reconocimiento [que, sin embargo] no debe entenderse como [la asignación de] un estatus de importancia y no tiene que interpretarse como tal".[21] Como explica Tokatlian, respondía a la concepción estadounidense de impulsar sub-balances de poder regional. Ello explica las razones por las cuales Clinton, a la vez que reconocía el evidente liderazgo de Brasil y negociaba un acuerdo de libre comercio con Chile, debía otorgar algo a cambio a la Argentina, para equilibrar los pesos y contra-pesos en el Cono Sur, situación que se repitió de diversas formas desde principios del siglo XX. Se inscribía, además, en la vieja estrategia de dividir para reinar. Estados Unidos estaba dispuesto a vender equipamiento militar de los años setenta y principios de los ochenta. Chile pretendía comprar aviones F16. Brasil aspiraba a conseguir la venia de Washington para lograr un asiento permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU. Argentina, entonces, era nombrada aliada externa a la OTAN, lo cual tenía una importancia simbólica y a la vez le daba cierta prioridad en las ventas estadounidenses para reequiparse militarmente.

En términos de la diplomacia inter-presidencial que cultivaba Menem, la visita de Clinton fue un éxito. Esta vez, a diferencia de la anterior, Argentina no atravesaba una de las peores crisis económicas de su historia ni el gobierno se veía amenazado por un alzamiento carapintada. Menem logró el anuncio oficial de la incorporación de la Argentina como aliado extra-OTAN, la "cocarda" que mostraba que el país se integraba al primer mundo, según el discurso y la lógica de la Casa Rosada.

La de Clinton parece haber sido la visita menos rimbombante de todas porque fue menos espectacular que las tres anteriores (Roosevelt, Eisenhower y Bush) y no generó tanta conflictividad interna, ya que ocurrió en un momento particular de la relación entre Argentina y Estados Unidos. Además, Bill y Hillary Clinton, a diferencia de Bush,

eran percibidos como un matrimonio socialdemócrata progresista, y recibieron un torrente de solicitudes de reuniones de distintos políticos y líderes sociales.

En primer lugar, es para destacar el interés de Clinton por hacer avanzar el proyecto ALCA, que, si bien se originó en el gobierno de su antecesor, iba a cobrar fuerza durante su gestión, en particular tras la I Cumbre de las Américas. También pudo apreciarse la voluntad de Menem de avanzar con este proyecto, aunque algunos de sus funcionarios y asesores luego pretendieron señalar que el gobierno argentino ya en los años noventa lo cuestionaba seriamente. Más adelante se plantearía la fórmula de negociación 4 más 1, o sea los cuatro socios del Mercosur debían acordar (o no) en conjunto con Estados Unidos, lo cual muestra que, al menos un sector de los grupos de interés en Argentina, Brasil, Uruguay y Paraguay, no estaban dispuestos a aceptar “llave en mano” el tratado continental que promovía Washington.

En segundo lugar, tal como expresó en esa oportunidad el líder del FREPASO Chacho Álvarez sobre el ALCA, en los primeros años de negociaciones de este proyecto, existían muchas más trabas al interior de Estados Unidos (por ejemplo, las reticencias del Congreso estadounidense a otorgarle el fast track a Clinton, más los cuestionamientos de sectores económicos internos) que en América Latina y el Caribe, región que hasta el triunfo de Chávez en 1998, estaba muy subordinada a Estados Unidos en términos generales, más allá del caso argentino que fue la versión extrema de ese alineamiento. Incluso las críticas del mencionado referente de la Alianza no eran frontales contra el ALCA, sino en el sentido de que se negociara con Estados Unidos desde el Mercosur, y no desde cada país individualmente. Pero, a diferencia de lo que se analizará más adelante, no se vislumbraba un escenario en el que ese proyecto hegemónico de Estados Unidos pudiera ser rechazado, como finalmente ocurriría en el año 2005 en Mar del Plata.

En tercer lugar, lo que también se apreciaba es la continuidad de las relaciones carnales que propició Menem, primero con Bush y luego con Clinton, más allá del cambio de signo político de quien dirigía la Casa Blanca.

En cuarto lugar, el repaso de esa visita permite observar, a través de la política exterior y en este caso de la relación bilateral entre Argentina y Estados Unidos, el amplio consenso general que todavía tenía la construcción de la hegemonía política neoliberal expresada en el menemismo, a tal punto que la oposición saludaba la llegada de Clinton, no hubo casi protestas (salvo de la izquierda) y esa visita parecía algo normal dentro del escenario de la década. Justamente Di Tella se ufana de ese triunfo ideológico y hasta se permitía referirse con sarcasmo a la oposición. Hay que destacar que, a diferencia de las tres visitas anteriores, Clinton decidió evitar ir al Congreso, quizás para ahorrarse algún posible cuestionamiento, como los que habían enfrentado en ese ámbito tanto Roosevelt como Bush.

Obviamente, el resultado de las elecciones de octubre de 1997 –en las que Menem fue derrotado–, el inicio de una larga recesión económica al

año siguiente, la crisis y devaluación en Brasil y su impacto desde 1999, el crecimiento de la protesta social y todos los desaciertos de la Alianza, fueron minando esa hegemonía neoliberal. Pero, hasta el momento de la llegada de Clinton, ese consenso parecía sólido y se expresaba en la política exterior y en el particular alineamiento con Estados Unidos.

La resistencia ante la invasión a Irak (2003) y a la visita de Bush (2005)

La visita de George W. Bush (2001-2009) a Mar del Plata, en noviembre de 2005, es quizás la más recordada. Si a lo largo de la historia hubo en Argentina manifestaciones populares contra la presencia de representantes estadounidenses –Nixon, Rockefeller, Bush, Clinton–, la marcha y los actos contra Bush Jr. superaron todas las expectativas. Hay que destacar que, a diferencia de las tres anteriores, esta visita no fue de carácter bilateral, sino en el marco de una conferencia continental, como la de Roosevelt en 1936.

La decisión de hacer el cónclave de mandatarios americanos en la Argentina, una iniciativa de Menem que se ratificó durante el gobierno de De la Rúa, se había tomado en un contexto previo al estallido de diciembre de 2001: “El que pide en 1998 ser sede de la Cumbre de las Américas 2005 es Menem, porque quiere que el festejo por la puesta en vigencia del ALCA, prevista para el 1 de enero de ese año, se hiciera en nuestro país”. [22] Al igual que Macri cuando ofreció al país para realizar la Reunión Ministerial de la Organización Mundial del Comercio -OMC- (2017) y la Cumbre Presidencial del G20 (2018), Menem pretendió con esto dar un gesto de que Argentina era protagonista, estaba integrada al mundo y sostenía la agenda de Occidente.

Sin embargo, al momento de concretarse, las condiciones políticas eran otras en América Latina, lo cual generó un escenario impensado cuatro años antes, cuando en la III Cumbre de las Américas (Québec, abril de 2001) el gobierno venezolano fue el único que esbozó críticas al mega proyecto estadounidense del ALCA. Su derrota significó un hito en la historia de las relaciones interamericanas y expresó una nueva correlación de fuerzas a nivel continental en el siglo XXI. Las luchas y rebeliones populares que se extendieron por América Latina y el Caribe para resistir la ofensiva del capital contra el trabajo permitieron también construir herramientas y coordinar acciones para frenar la avanzada imperial que impulsaba Estados Unidos en las Cumbres de las Américas. Las autoconvocatorias No al ALCA en cada país, la Alianza Social Continental, el Foro Social Mundial y las iniciativas populares que denunciaban la ofensiva neoliberal fueron fundamentales para lograr el triunfo en la IV Cumbre de las Américas.

Hubo una inmensa movilización en las calles de Mar del Plata, con dos consignas fundamentales: “No al ALCA” y “Fuera Bush de la Argentina”. El mandatario estadounidense era especialmente resistido por haber invadido Irak en 2003 –en febrero de ese año hubo una enorme movilización en Buenos Aires, al igual que en centenares de ciudades en

todo el mundo, repudiando el inminente ataque unilateral contra Bagdad, justificado con información falsa sobre armas de destrucción masiva, y perpetrado sin el aval de las Naciones Unidas.[23] El mandamás de la Casa Blanca se marchó disgustado por la derrota política que le habían propinado en la ciudad balnearia.

Pero, además de la cumbre regional, también hubo una reunión bilateral entre Kirchner y Bush, quienes ya habían tenido un primer encuentro en julio de 2003 en la Casa Blanca, poco después de la llegada del ex gobernador de Santa Cruz a la Casa Rosada, y otro en 2004, en la Cumbre de Monterrey, donde se había solicitado apoyo en las negociaciones que la Casa Rosada llevaba delante con el FMI.

El NO al ALCA en la Argentina se convirtió en el símbolo del abandono de la subordinación a Estados Unidos y terminó provocando una grieta en el vínculo de Bush con Néstor y luego con Cristina Kirchner. En la década siguiente, ni él ni Obama volvieron a visitar el país ni tampoco recibieron en la Casa Blanca al matrimonio Kirchner. La relación bilateral se tornó, a partir de entonces, más tirante.

La semana de la cumbre oficial hubo tres grandes expresiones de rechazo a Bush y al proyecto de Estados Unidos: la Cumbre de los Pueblos, el acto en el estadio Mundialista y la multitudinaria marcha callejera. Además, hubo diversas manifestaciones, desde un improvisado y sorpresivo recital público de Manu Chao en una plaza, hasta las acciones de los artistas del Grupo Etcétera, quienes el sábado 5 de noviembre, con su “Comando Errorista” y sus armas largas de cartón tomaron un balneario, apuntaron al cielo cuando pasó un avión –que, luego supieron, era el Air Force One donde partía Bush- y fueron rodeados por patrulleros y policías que quisieron detenerlos.

El rechazo al ALCA no empezó en Mar del Plata, sino que fue un proceso que se fue construyendo. El estancamiento en las negociaciones para establecer este tratado de libre comercio no se explica solamente a partir de las contradicciones entre diferentes grupos de interés al interior de cada uno de los países americanos y de la reticencia de Estados Unidos a recortar sus subsidios agropecuarios, sino también por la creciente oposición política en América Latina: cambio de signo de los gobiernos de distintos países latinoamericanos, sublevaciones populares, creciente movilización anti-ALCA (Foro Social Mundial, Alianza Social Continental, Cumbre de los Pueblos) y surgimiento de un proyecto de integración alternativa, en torno al ALBA, tomado como bandera por los movimientos sociales latinoamericanos. Cuando se estaban dificultando las negociaciones para liberalizar el comercio interamericano, Brasil impulsó la creación de la Comunidad Sudamericana de Naciones (CSN), que luego fue reemplazada por la Unión de Naciones Sudamericanas (UNASUR).

La resistencia del movimiento obrero organizado a la profundización del libre comercio fue un elemento importante para explicar los cambios de posiciones de algunos gobiernos latinoamericanos en relación a las negociaciones y generó una base de organización y conciencia continental

para avanzar en el proceso de construcción de instancias de integración alternativas:

Entre 2001 y 2006 una serie de acciones y manifestaciones de las centrales sindicales de Argentina, Brasil y Uruguay, principalmente, y de movimientos sociales de varios países de la región, instalaron desde las calles la consigna 'No al ALCA', lo que constituyó un elemento central en la oposición al proyecto norteamericano (Kan, 2016: 12).

Todavía en germen, la organización sindical a nivel continental estaba en marcha. En 1996 se formó la Coordinadora de Centrales Sindicales del Cono Sur (CCSCS), que reunía a casi todas las centrales de los países del Mercosur y Chile (CGT y CTA de Argentina, COB de Bolivia, CUT y FS de Brasil, CUT de Chile, CUT de Paraguay y PIT-CNT de Uruguay). El objetivo de esta coordinadora era propiciar la intervención de los sindicatos en las negociaciones de los procesos de integración en marcha. Criticaban el carácter neoliberal del ALCA y proponían distintas formas de regulación estatal, aunque no planteaban, en la mayoría de los casos, perspectivas anticapitalistas.

En Argentina, muchos sindicatos se oponían al proceso de "integración" tal como estaba previsto en el proyecto ALCA y planteaban que el mismo sólo hubiera permitido aumentar la flexibilización y precarización laboral, tal como había ocurrido en México. La Central de Trabajadores de la Argentina era una de las organizaciones que estaba al frente de la Autoconvocatoria No al ALCA y que participó activamente en las consultas populares que rechazaron masivamente el proyecto del ALCA, logrando la participación de cientos de miles de ciudadanos. Además, el Instituto de Estudios y Formación de la CTA elaboró distintos documentos críticos de análisis y divulgación (Lozano y Arceo, 2002: 7).

Según la CTA, en tanto hubiera perjudicado a la industria menos concentrada, que era la que más trabajadores empleaba, un acuerdo de libre comercio como el ALCA hubiera ampliado el ejército de desocupados, subocupados y trabajadores "en negro" y "precarizados". Esta central proponía un modelo alternativo de "capitalismo productivo", con mejor redistribución del ingreso. También había otras corrientes sindicales, minoritarias, que planteaban que no alcanzaba con criticar el neoliberalismo, sino que era preciso, para defender los intereses de los trabajadores, proponer una perspectiva social superadora del sistema capitalista, con autonomía de clase. Polemizando con la postura recién expuesta, planteaban que no era fácil mostrar cómo el mayor desarrollo industrial de Brasil se traduciría en mejores condiciones de vida para la mayoría de su población, cuyo salario y condiciones de vida estaban aún más retrasados que en Argentina.

Pero no sólo los sindicatos resistieron contra el ALCA. También fue fundamental la oposición de distintas organizaciones sociales y políticas. Hacia fines de la década de 1990, y en el marco de la movilización popular contra el ALCA, nació una organización que nuclearía a los movimientos que se oponían al ALCA en cada país, la Alianza Social Continental:

La Alianza Social Continental (ASC) es un foro de organizaciones y movimientos sociales progresistas de las Américas, creado para intercambiar información,

definir estrategias y promover acciones conjuntas, todo ello encaminado a la búsqueda de un modelo de desarrollo alternativo y democrático, que beneficie a nuestros pueblos. La ASC es un espacio abierto a las organizaciones y movimientos interesados en cambiar las políticas de integración a nivel hemisférico y en promover la justicia social en las Américas.[24]

La propuesta para la conformación de la ASC surgió del foro de la sociedad civil llevado a cabo en mayo de 1997 en Belo Horizonte, Brasil, en forma paralela a una reunión de ministros de comercio del hemisferio, realizada en el marco de las negociaciones del ALCA. El Grupo Coordinador de la ASC estaba compuesto por organizaciones de distintos países. La red de la ASC tenía su origen, entonces, en la coordinación que se fue construyendo entre sindicatos y ONGs que, a principios de la década de 1990, se oponían al TLCAN. Esta red tuvo participación en la “batalla de Seattle” de 1999, cuna del movimiento “anti-globalización”, y a partir de allí presionó para incluir la temática social en las reuniones hemisféricas oficiales y organizó las Cumbres de los Pueblos, realizadas en paralelo con las Cumbres de las Américas de Santiago de Chile, Québec y Mar del Plata.

En la convocatoria al IV Encuentro de Lucha contra el ALCA, realizado en mayo de 2005 en La Habana, la ASC expresó el carácter plural de su convocatoria:

Llamamos a todas las fuerzas que han venido actuando en el marco de la Campaña Continental de Lucha contra el ALCA a cerrar filas en aras de esa unidad junto a los representantes y miembros de las organizaciones sociales y políticas de América; a indígenas, negros, sindicalistas, campesinos, estudiantes, pobladores, religiosos, ambientalistas, antibelicistas, defensores de derechos humanos, creadores, comunicadores, parlamentarios, artistas e intelectuales, hombres y mujeres de todas las razas y pueblos de Américas.[25]

Esta convocatoria marcó el carácter amplio de la ASC, que también se expresaba en diversos ámbitos como el Foro Social Mundial (FSM), otra de las instancias de resistencia a la integración que proponía Estados Unidos a través del ALCA.

Entre las organizaciones que conformaban la Autoconvocatoria NO al ALCA en Argentina se encontraban la Federación Agraria Argentina (FAA), la Asamblea de Pequeños y Medianos Empresarios (APYME), la CTA, el Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos (IMFC), la Federación Universitaria Argentina (FUA), el Movimiento Ecuaménico por los Derechos Humanos, el Servicio de Paz y Justicia (SERPAJ), el Movimiento Campesino de Santiago del Estero (MOCASE) y ATTAC, entre muchas otras.[26] La Autoconvocatoria realizó diversas actividades para informar a la población de los contenidos de las negociaciones y para establecer mecanismos democráticos de debate y decisión en relación con el futuro de la Argentina en el proceso de integración (entre otras actividades, organizó también un plebiscito sobre el ALCA). Se ocupó también de la organización de la Tercera Cumbre de los Pueblos, que se realizó en noviembre de 2005 en Mar del Plata, paralelamente a la cumbre de presidentes. El lema fue “otra integración, justa y solidaria, es posible”. En ese encuentro popular hubo foros de debate con más de 500

organizaciones sociales, políticas, sindicales y de derechos humanos. Se registraron más de 12.000 participantes, provenientes de toda América. En la declaración final se afirmaba que

El gobierno de Estados Unidos no se conforma con avanzar las piezas del rompecabezas de su dominación en el continente. Insiste en acomodarlas en un marco hegemónico único y no ha renunciado al proyecto del ALCA, cuando los pueblos han expresado claramente su rechazo a una integración subordinada a Estados Unidos.[27]

El fracaso del proyecto estadounidense del ALCA tuvo que ser aceptado cuando no pudo aprobarse su continuidad en la IV Cumbre de las Américas, tal como pretendía Estados Unidos. Como vaticinó Chávez, fue finalmente “enterrado” en Mar del Plata en noviembre de 2005.

Si en muchos relatos canónicos se unilateraliza la acción de Chávez, Kirchner y Lula, como los protagonistas casi exclusivos del No al ALCA, se intentó mostrar, en este apartado, que la movilización popular en contra de ese proyecto fue fundamental en los cinco años previos y en las decisivas jornadas de Mar del Plata.[28]

Conclusiones

Si bien hubo algunos atisbos previos, la modificación más significativa en el vínculo con la potencia del norte se produjo en 1989. La entonces indiscutida hegemonía estadounidense a nivel mundial posibilitó a la tríada Estados Unidos-Europa-Japón imponer una serie de políticas económicas y reformas estructurales a los países endeudados. En la década de 1990, casi todas las sociedades latinoamericanas sufrieron este embate neoliberal, que arrasó con históricas conquistas obreras, dismanteló buena parte de los aparatos estatales a través de las privatizaciones, y permitió a los capitales de Estados Unidos (aunque también a los de Europa) avanzar como nunca antes en la región. En el continente, Washington impuso el TLCAN, y preparó su proyecto más ambicioso: el ALCA, una iniciativa que no había podido establecer un siglo atrás, entre otros motivos por la oposición argentina (Morgenfeld, 2011).

En esta oportunidad, la Casa Rosada no fue un obstáculo. Si bien Menem accedió al poder a través de un frente, el FREJUPO, encabezado por el justicialismo, que proponía volver a las viejas banderas históricas del peronismo, el “salario” y la “revolución productiva” no fueron sino meras consignas de campaña. Durante sus dos mandatos impuso una reforma estructural de la economía, profundizando la iniciada por Martínez de Hoz en 1976. Rápidamente abandonó su prédica industrialista y se mostró dispuesto a hacer los ajustes que el gran capital trasnacional requería. El ex gobernador riojano pasó a ser el alumno predilecto del FMI, el ejemplo a imitar por sus pares del Tercer Mundo.

Su política exterior se caracterizó por un alineamiento con Estados Unidos, aunque no exento de matices. El propio canciller Guido Di Tella, sucesor de Cavallo al frente del Palacio San Martín desde 1991, sintetizó el grado de profundización de las relaciones entre la Casa Rosada y la Casa

Blanca al caracterizarlas de “carnales”, epíteto que se constituyó en un símbolo de la sujeción a los mandatos de Washington.

La frase fue utilizada por Di Tella por primera vez en un encuentro con las máximas autoridades del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) en Washington, para graficar el tipo de vínculo estrecho que la Argentina pretendía mantener con Estados Unidos:

“No queremos tener relaciones platónicas: queremos tener relaciones carnales y abyectas”. Incluso tuve que explicarla, una vez, en el Departamento de Estado, durante el gobierno de Clinton: Fue gracioso. Estábamos en el Departamento de Estado dando una conferencia de prensa con [la secretaria de Estado] Madeleine Albright. En un momento un periodista me pregunta por lo de las relaciones carnales y antes de que yo pudiera decir nada lo traducen al inglés. Cuando Albright lo escuchó en inglés dijo: “Aquí hay un error de traducción, no puede ser lo que estoy escuchando”. Entonces yo me acerqué y, por lo bajo, a un costado, le dije: “Madeleine, la traducción es correcta. Después te explico. Después le expliqué y ella se mató de risa”. La reivindicó durante muchos años, pero luego reconoció que “La frase de las relaciones carnales fue una estupidez”. [29]

En 1990, la frase había aparecido en un reportaje realizado por Román Lejtman a Di Tella, cuando todavía era embajador en Washington: “Nosotros queremos pertenecer al Club de Occidente. Yo quiero tener una relación cordial con los Estados Unidos y no queremos un amor platónico. Nosotros queremos un amor carnal con Estados, nos interesa porque podemos sacar un beneficio”. [30] A partir de la frase citada, el diario tituló la nota “Relaciones Carnales”. Esta decisión editorial llevó a que en adelante se popularizara así esa política externa.

El vice canciller Andrés Cisneros, en entrevista realizada en 2018 para esta investigación, recuerda así el origen de la polémica frase:

En su discurso inaugural, Di Tella dijo que, para no repetir el seguidismo del panamericanismo de la Guerra Fría, con Estados Unidos teníamos que establecer “relaciones provechosas, con contenido, con carnalidad”, utilizando a carnalidad como sinónimo de contenido, de carnadura... al día siguiente Página/12 y una oposición radical de muy pobres luces internacionales se apresuraron a utilizar carnalidad en su versión sexual y perjudicar con esa sucia maniobra a una política que se encontraban esencialmente imposibilitados de derrotar. [31]

En esos años de privatizaciones, apertura de la economía, convertibilidad, ataque contra derechos de los trabajadores y caída y concentración de la producción industrial, Menem no ahorró gestos hacia su socio del norte. Se enviaron naves a la guerra del Golfo (primera vez que el país se involucraba activamente en un conflicto bélico fuera de América), se desmanteló la estratégica iniciativa del misil Cóndor II [32] y de diversos proyectos de industria aeroespacial y de defensa, se votó en la ONU muchas veces según dictaba el Departamento de Estado (por ejemplo, en contra de Cuba en la Comisión de Derechos Humanos), se concretó el retiro del Movimiento de Países No Alineados, se adhirió a los tratados de no proliferación nuclear, se produjo la primera visita de un presidente peronista a Estados Unidos y de un mandatario argentino a Israel, se firmaron múltiples convenios con Washington, y se consiguió la elección de Argentina como “aliado extra-OTAN” (Corigliano, 2003; Rapoport, 2017: 159-176).

El giro en el vínculo con Estados Unidos tuvo distintas interpretaciones (Frenkel, 2015: 138). Quienes defienden esa política exterior, indicando que se hizo 'lo que había que hacer', cuestionan que se la califique como 'alineamiento automático', y enumeran ejemplos en los que el voto de Argentina no coincidió con el de Estados Unidos en la ONU.[33] Por ejemplo, en la Comisión de Derechos Humanos: por un tema de intereses comerciales, Argentina no votó contra Irán; tampoco contra China, ni coincidió con Estados Unidos en cuanto a los territorios ocupados por Israel. A nuestro juicio, enumerar estas disidencias menores no alcanza para evitar hablar de una política exterior subordinada a los intereses del gigante del norte. Claro que también había fluidos vínculos económicos con diversas potencias europeas, que competían con los capitales estadounidenses para controlar las empresas de servicios públicos que pasaban a manos privadas. No es menor tener en cuenta que Europa, a través de España, fue uno de los principales inversores extranjeros en Argentina en la década de 1990, lo cual matiza la idea de que la inserción económica internacional, por ese entonces, respondía exclusivamente a los intereses de Washington.

Como parte de un proyecto hegemónico histórico, y en el marco de la disputa comercial con otras potencias, Estados Unidos aprovechó su clara superioridad para plantear un proyecto ambicioso: el ALCA, que pretendía extender el Tratado de Libre Comercio de América del Norte hasta Ushuaia. Justamente, ese fue uno de los principales temas abordados en la visita de Bush de 1990. A pesar de haber sido uno de los artífices de la oposición a una unión aduanera continental un siglo antes, Argentina, durante el menemismo, no planteó demasiados obstáculos a la concreción de esta iniciativa.[34] El mandatario argentino era el alumno ejemplar de Washington, y quería seguir siéndolo. Menem construyó una fluida relación con Bush y Clinton (1993-2001), invitándolos repetidas veces a visitar el país, por entonces un modelo para el FMI. Del nacionalismo reformista peronista que reivindicaba la Tercera Posición se mutó, casi sin escalas, al realismo periférico, justificado por el pragmatismo (Escudé, 1992). Se pasó a analizar la autonomía en política exterior en términos de 'costos económicos'. Los países débiles, se decía, deben asumir su condición y no confrontar (innecesariamente) con las potencias. Lo inteligente para Argentina era alinearse con Estados Unidos. Eso daba seguridad jurídica, impulsaba la radicación de capitales y el flujo de créditos, claves para sostener la convertibilidad. Paradójicamente, el proyecto del ALCA terminaría siendo derrotado en territorio argentino, en un contexto regional y nacional totalmente distinto al de la década del noventa. Y la movilización popular jugó un rol clave en la impugnación de las relaciones carnales, lo cual se plasmaría en las movilizaciones masivas de 2003 y 2005, analizadas en el presente artículo.

En esta investigación, en primer lugar, se intentó jerarquizar las visitas a la hora de analizar la historia de las relaciones entre Argentina y Estados Unidos. Arrojando luz sobre un aspecto muy poco atendido incluso en la bibliografía sobre el vínculo bilateral, se mostró que la llegada de mandatarios o enviados de la Casa Blanca, y las reacciones

que produjeron, fueron la manifestación de los distintos momentos que atravesó la relación y, a la vez, condicionaron la política exterior argentina y, en particular, el conflictivo vínculo con Estados Unidos. A diferencia de la creencia de que no sirven para nada y apenas dejan como saldo una colección de fotos y gestos protocolares y de camaradería, se pretendió mostrar su real significado y el impacto que produjeron, tanto hacia afuera como hacia adentro, en la pugna entre sectores proclives a un mayor alineamiento o autonomía respecto al gigante del norte.

En segundo lugar, se buscó constatar la relevancia de los condicionantes internos, a la hora de entender las idas y vueltas en la relación con Estados Unidos. Si bien distintos internacionalistas llamaron atención sobre la importancia de los mismos, todavía es una dimensión que requiere muchas investigaciones al respecto. En este texto, se abordó el contexto de la relación bilateral –y regional– en el momento de cada visita, los objetivos de cada gobierno y las reacciones que suscitaron en la Argentina, tanto a favor como en contra de la profundización del vínculo entre ambos países. Las corporaciones agropecuarias, los industriales, los militares, los sindicatos, las organizaciones populares, los partidos políticos, los artistas, las agrupaciones estudiantiles y los intelectuales aprovecharon la particular circunstancia de las visitas para expresar sus demandas, opiniones, críticas o anhelos en torno a la relación con el gobierno de la principal potencia planetaria.

En tercer lugar, se procuraron visibilizar las reacciones populares, soslayadas casi siempre a la hora de analizar los condicionantes internos de la política exterior argentina. Los mandatarios y representantes estadounidenses que visitaron el país debieron, en algunas oportunidades, enfrentar movilizaciones callejeras, escraches o expresiones artísticas contestatarias. Esas reacciones, que presentamos sintéticamente en este artículo, marcaron los límites a los realineamientos buscados por distintos sectores internos y también, en algunos casos, por los gobiernos. Quienes procuraban aceitar los vínculos con Estados Unidos debieron enfrentar esas resistencias. En el presente artículo analizamos tres casos específicos, pero otros tantos ocurrieron durante las visitas de Roosevelt, Eisenhower o Rockefeller, sólo por mencionar algunos (Morgenfeld, 2018; Míguez y Morgenfeld, 2017).

En síntesis, las visitas fueron, entre otras cosas, un escenario privilegiado para que cada sector interno manifestara cómo debía ser el vínculo con Estados Unidos, y a la vez para expresar reclamos a ese gobierno –contra un acuerdo de libre comercio como el ALCA, por ejemplo–, o para solicitar apoyos concretos, ya sea para obtener créditos, facilitar la negociación con organismos financieros internacionales, destrabar exportaciones al mercado estadounidense, lograr la provisión de equipamiento militar o sellar acuerdos de cooperación en materia científica y tecnológica. En este artículo, se analizaron tres de esas visitas, y se mostró cómo las resistencias internas a la política exterior impulsada por Menem fueron uno de los factores que explican el cambio de la misma, a inicios del siglo XXI, cuando se resquebrajó el consenso logrado en los años noventa.

Bibliografía

- Busso, Anabella (1997). “La relación Argentina-Estados Unidos en la post-guerra fría. Un estudio de caso: la desactivación del proyecto Cóndor II” en REDEN: revista española de estudios norteamericanos, 1997, n. 14, p. 139-165.
- Busso, Anabella (coord.) (2017). *Modelos de desarrollo e inserción internacional: aportes para el análisis de la política exterior argentina desde la redemocratización: 1983-2011, actores y temas de agenda*. Rosario: UNR Editora
- Corigliano, Francisco (2003). “La dimensión bilateral de las relaciones entre Argentina y Estados Unidos durante la década de 1990: el ingreso al paradigma de ‘relaciones especiales’” en Escudé Carlos (ed.), *Historia general de las relaciones exteriores de la República Argentina*, Tomo XV: “Las ‘relaciones carnales’: los vínculos políticos con las grandes potencias, 1989-2000”. Buenos Aires: GEL.
- Corigliano, Francisco (2005). “La posición del gobierno de Kirchner en la Cumbre de las Américas 2005: un balance preliminar” en Boletín del ISIAE, Año 8, N. 38, diciembre.
- Escudé, Carlos (1992). *El realismo periférico*. Buenos Aires: Planeta.
- Escudé, Carlos y Cisneros, Andrés (2000) [1998]. *Historia general de las relaciones exteriores de la República Argentina*. Buenos Aires: GEL.
- Fraga, Rosendo; Potash, Robert; Ortiz de Rozas, Carlos y Rocha, V. Manuel (1999). *Argentina - United States of America. Encuentros presidenciales en Argentina*. Santiago de Chile: Centro de Estudios Unión para la Nueva Mayoría.
- Fraga, Rosendo (comp.) (2017). *Revisando la historia bilateral. ¿Ha sido una constante el conflicto entre la Argentina y los Estados Unidos?* Buenos Aires: CARI.
- Frenkel, Alejandro (2017). “*Argentina, entre el barrio y el patio trasero: política exterior y seguridad regional en la era neoliberal (1989-2001)*”, Tesis de Doctorado, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires [mimeo].
- Friedman, Max Paul (2012). *Rethinking Anti-Americanism. The History of an Exceptional Concept in American Foreign Relations*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Fukuyama, Francis (2015). *¿El fin de la historia? Y otros ensayos*. Buenos Aires: Alianza.
- Granovsky, Martín (1992). *Misión cumplida. La presión norteamericana sobre la Argentina, de Braden a Todman*. Buenos Aires: Planeta.
- Kan, Julián (comp.) (2016). *El No al Alca diez años después. La Cumbre de Mar del Plata y la integración latinoamericana reciente*. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA.
- Karg, Juan Manuel y Lewit, Agustín (comps.) (2015). *Del No al ALCA a la UNASUR. Diez después de Mar del Plata*. Buenos Aires: Ediciones del CCC.
- Lozano, Claudio y Arceo, Enrique (2002). *¿Qué es el ALCA?* Buenos Aires: Ediciones Debate Internacional IET-CTA.

- Merke, Federico (2011). *“Political and Military Utility of NATO for Argentina”*, en Hakan Edstrom, Janne Haaland Matlary y Magnus, Petersson (eds.) *NATO: The Power of Partnerships*. Londres: Palgrave Macmillan.
- Míguez, María Cecilia (2013). *Partidos políticos y política exterior argentina*. Buenos Aires: Ariel.
- Míguez, María Cecilia y Morgenfeld, Leandro (2017). *“Política exterior y movimiento social: análisis de grandes manifestaciones frente a destacados visitantes extranjeros en la Argentina (1963-1983)”* en Trabajos y Comunicaciones (La Plata) N. 45, marzo.
- Morgenfeld, Leandro (2006). *El ALCA: ¿a quién le interesa?* Buenos Aires: Ediciones Cooperativas.
- Morgenfeld, Leandro (2011). *Vecinos en conflicto. Argentina frente a Estados Unidos en las conferencias panamericanas (1880-1955)*. Buenos Aires: Peña Lillo/Continente.
- Morgenfeld, Leandro (2012). *Relaciones Peligrosas. Argentina y Estados Unidos*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Morgenfeld, Leandro (2018). *Bienvenido Mr. President. De Roosevelt a Trump: las visitas de presidentes estadounidenses a la Argentina*. Buenos Aires: Octubre.
- Novaro, Marcos (2011). *Cables secretos. Operaciones políticas en la Argentina de los setenta*. Buenos Aires: Edhasa.
- O'Donnell, Santiago (2011). *Argenleaks*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Ortiz de Rosas, Carlos (1999). *“Menem & Bush. Diciembre de 1990”* en Fraga, Rosendo; Potash, Robert; Ortiz de Rosas, Carlos y Rocha, V. Manuel. *Argentina - United States of America. Encuentros presidenciales en Argentina*. Santiago de Chile: Centro de Estudios Unión para la Nueva Mayoría.
- Rapoport, Mario (2016). *Historia Oral de la Política Exterior Argentina (1966-2016)*, tomo II. Buenos Aires: Octubre.
- Rapoport, Mario (2017). *Política internacional argentina. De la formación nacional hasta nuestros días*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Tulchin, Joseph A. (1990). *La Argentina y los Estados Unidos. Historia de una desconfianza*. Buenos Aires: Planeta.

Notas

[1]“Mi amigo George’ visita a ‘Menem, líder mundial” en Página/12, 1999 (Buenos Aires) 2 de diciembre.

[2]Este artículo se enmarca en el proyecto UBACYT 2018-2020 “Política exterior, inserción económica internacional y movilización popular (1966-2016)”, a la vez que se articula con otro proyecto en curso, el PIP-CONICET 2015-2018 “Los condicionantes domésticos de la inserción internacional argentina. Presiones, debates y movilizaciones en torno a la política exterior desde la década de 1960 a la actualidad”.

[3]En cuanto al vínculo interno-externo o doméstico-internacional, existe una vasta literatura en el campo de las relaciones internacionales que cubre diferentes dinámicas, actores y asuntos. En la Argentina, diversos autores han desarrollado investigaciones sobre esta problemática. Sin ánimos de ser exhaustivos, pueden mencionarse los trabajos de Rapoport, Escudé, Paradiso, Russell, Tokatlian, Busso, Spiguel, Simonoff, Colacrai,

Tussie, Corigliano, Bernal-Meza, Heredia, Laufer, Lanús, Novaro, Saguier, Ghiotto, Granovsky, Karg, Comini, Frenkel, Scarfi, Míguez y Kan, entre otros.

[4] Estas entrevistas, realizadas por el autor, continúan con el Proyecto de Historia Oral de la Política Exterior Argentina, plasmado en los dos recientes libros, dirigidos por Mario Rapoport: *Historia Oral de la Política Exterior Argentina*, tomo I (1930-1966) y tomo II (1966-2016).

[5] Citado en “Menem: todo el pueblo tendría que salir a la calle a saludar a Bush” en *La Nación* 1990 (Buenos Aires) 2 de diciembre, p. 18, y “El Presidente George Bush comenzará hoy su visita a nuestro país. Refinanciación de la deuda externa” en *La Nación* 1990 (Buenos Aires) 5 de diciembre, p. 7 (Corigliano, 2003: 27).

[6] *Ibídem*

[7] *Ibídem*.

[8] “Menem: todo el pueblo tendría que salir a la calle a saludar a Bush” en *La Nación* 1990 (Buenos Aires) 2 de diciembre, p. 18.

[9] *El País* 1990 (Madrid) 6 de diciembre.

[10] Declaraciones de Grondona a Canal 7 (Buenos Aires), 5 de diciembre de 1990.

[11] Fueron tales las precauciones que “nadie, sin la debida autorización, podía tocar siquiera a Bush”. *La Nación* 1990 (Buenos Aires) 6 de diciembre.

[12] DiFilm - Luis Zamora protesta por la visita de George Bush al congreso 1991. En <https://www.youtube.com/watch?v=QS8UR0MxjDU>.

[13] *The New York Times* 1990 (Nueva York) 6 de diciembre.

[14] “Argentina Hailed by Visiting Bush” en *The New York Times* 1990 (Nueva York) 6 de diciembre.

[15] “Marcha de protesta en el Centro” en *La Nación* 1990 (Buenos Aires) 6 de diciembre, p. 6.

[16] *The Chicago Tribune* 1990 (Chicago) 6 de diciembre.

[17] Una crónica extensa sobre la marcha de protesta en los alrededores de la Rural puede verse en el informe de TN, en https://www.youtube.com/watch?v=lv1o_6ltDY0

[18] *La Nación* 1997 (Buenos Aires) 17 de octubre.

[19] Roca, Eduardo 1997 “La Argentina que espera Clinton” en *La Nación* (Buenos Aires) 12 de octubre.

[20] Entrevista a Jorge Argüello realizada por el autor el 20 de abril de 2018.

[21] Okatlian, Juan Gabriel 2007 “Buenos Aires y Washington: un nuevo rumbo” en *La Nación* (Buenos Aires) 4 de abril. Para un análisis de lo que implicó la designación de Argentina como aliado extra-OTAN véase, también, Merke (2011: 193-194).

[22] Entrevista a Tokatlian realizada por el autor el 12 de abril de 2008.

[23] “Marchas contra la guerra en distintas ciudades del mundo” en *La Nación* 2003 (Buenos Aires) 15 de febrero. En Buenos Aires, la masiva movilización –más de 25.000 personas– comenzó en las Avenidas Las Heras y Pueyrredón y llegó hasta la Embajada de Estados Unidos. Fue convocada por el Comité de Solidaridad con Irak, Amnistía Internacional, Greenpeace, ATTAC Argentina, Madres de Plaza de Mayo Línea Fundadora, Abuelas de Plaza de Mayo, la CTA, la CCC, la FUBA, Asambleas Barriales y distintos partidos políticos, sindicatos y organizaciones sociales. A nivel global, con millones participantes en más de 800 ciudades, se consideró como la mayor

manifestación pacífica de la historia. Un mes después, cuando se concretaba la invasión, se produjo una segunda marcha por la paz en la Argentina. Página/12 2003 (Buenos Aires) 15 de marzo.

[24]Documento de presentación de la Alianza Social Continental. En <http://www.asc-has.org>

[25]Ibídem.

[26]Autoconvocatoria No al ALCA 2004 Sí a la vida, No al ALCA. Otra América es posible (Buenos Aires: Autoconvocatoria No al ALCA).

[27]Declaración Final de la III Cumbre de los Pueblos de América, en OSAL, Observatorio Social de América Latina, Año VI, N. 18, septiembre-diciembre 2005 (Buenos Aires: CLACSO).

[28]Para ampliar sobre esta caracterización, véase Socoloff, María Florencia “El ‘No al ALCA’ desde ‘abajo’”, y Morgenfeld, Leandro “La derrota del ALCA fue una victoria histórica para los pueblos de Nuestra América” en Kan (2016: 91-130). Véanse también Karg y Lewitt (2015) y Morgenfeld (2006).

[29]Página/12 2001 (Buenos Aires) 25 de enero, p. 10.

[30]En Lejtman, Román 1990 “Los pecados de la carne. Entrevista realizada al señor embajador de la República Argentina en Washington, Ingeniero Guido Di Tella” en Página/12 (Buenos Aires) 9 de diciembre, p. 5.

[31]Entrevista a Andrés Cisneros realizada por el autor el 11 de mayo de 2018.

[32]Para análisis alternativos sobre el caso del misil Cóndor II, véanse Busso (1997); Novaro (2011: 159-202); Granovsky (1992) y la entrevista a Cisneros, en Rapoport (2016: 716-720).

[33]Para una defensa de la política exterior menemista, véanse las recientes entrevistas a Fernando Petrella y Cisneros, dos figuras clave en la cancillería argentina en esos años, en Rapoport (2016: 649-681; 701-742). Corigliano presenta un primer balance de los debates sobre la etapa de las relaciones carnales (Corigliano, 2003: 137-155).

[34]De todas formas, vale la pena apuntar que en esos años persistió una dualidad en la cancillería argentina, con un sector más pro Mercosur y otro más pro ALCA. Se mantuvo, así, un juego de tres partes, entre Argentina, Estados Unidos y Brasil. Al respecto, véase Simonoff, Alejandro “Estructura triangular y democracia: la política exterior argentina desde 1983 a 2013” en Busso (2017).